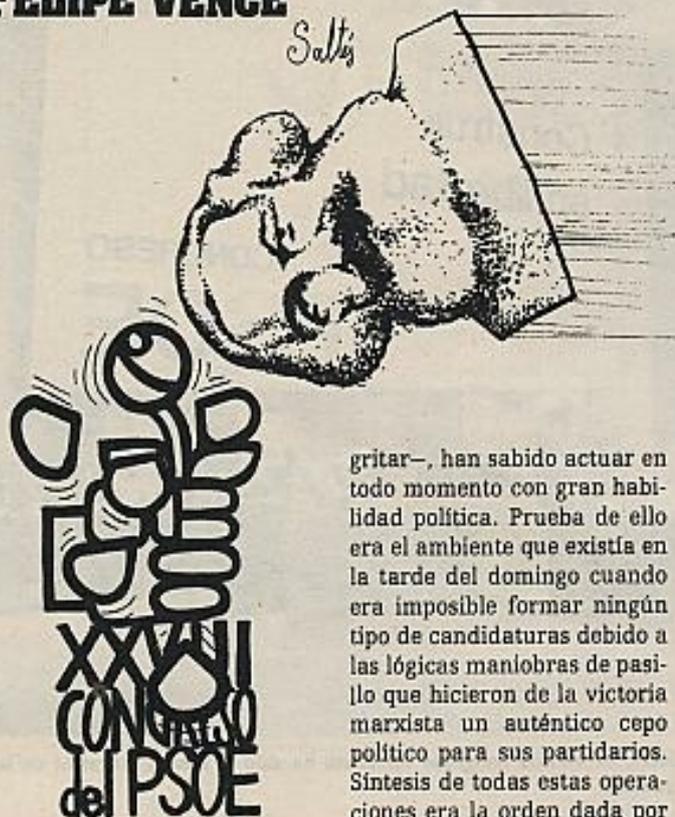


MARX GANA, FELIPE VENCE



queriendo coartar la soberanía del Congreso, el resultado político quedaba invertido "ipso facto". A juzgar por este desenlace, parece claro que Felipe González, que había sobrestimado inicialmente la correlación de fuerzas interna en el seno del PSOE, corregía su equivocación empleando a fondo su carisma personal entre los delegados. Al final su único error consistió en no instrumentalizar este prestigio antes de la votación democrática de la ponencia política, sino después, a través de la vía plebiscitaria.

Un combate desigual

Aunque para ser justos hay que reconocer que los socialdemócratas han sido infinitamente superiores a los marxistas en el planteamiento político, orgánico y estratégico de esta batalla ideológica. Contando con el apoyo entusiasta de los medios de comunicación y con el sostén de muchísimos observadores y delegados fraternales —sin voz y sin voto, pero con manos y voces para aplaudir y

gritar—, han sabido actuar en todo momento con gran habilidad política. Prueba de ello era el ambiente que existía en la tarde del domingo cuando era imposible formar ningún tipo de candidaturas debido a las lógicas maniobras de pasillo que hicieron de la victoria marxista un auténtico cepo político para sus partidarios. Síntesis de todas estas operaciones era la orden dada por Joan Reventós, determinante para que no se elaborase ninguna nueva ejecutiva, a los delegados catalanes de no votar ninguna lista en la que no estuviese Felipe González.

Por el contrario, los marxistas no supieron qué hacer con su victoria cuando en la madrugada del domingo imponían una declaración política por el doble de síes que de noes (61 por 100 a favor, 31 por 100 en contra y un 6 por 100 de abstención). No hablan previsto la posibilidad de que Felipe González jugase la carta del abandono, máxime cuando siempre había sostenido que para él era una polémica accesoría, y no pudieron articular una candidatura ante el efecto plebiscitario de la hábil renuncia de Felipe González. Habían ido de victoria democrática en victoria democrática, sin saberla rentabilizar políticamente, para caer finalmente en la trampa de un referéndum político.

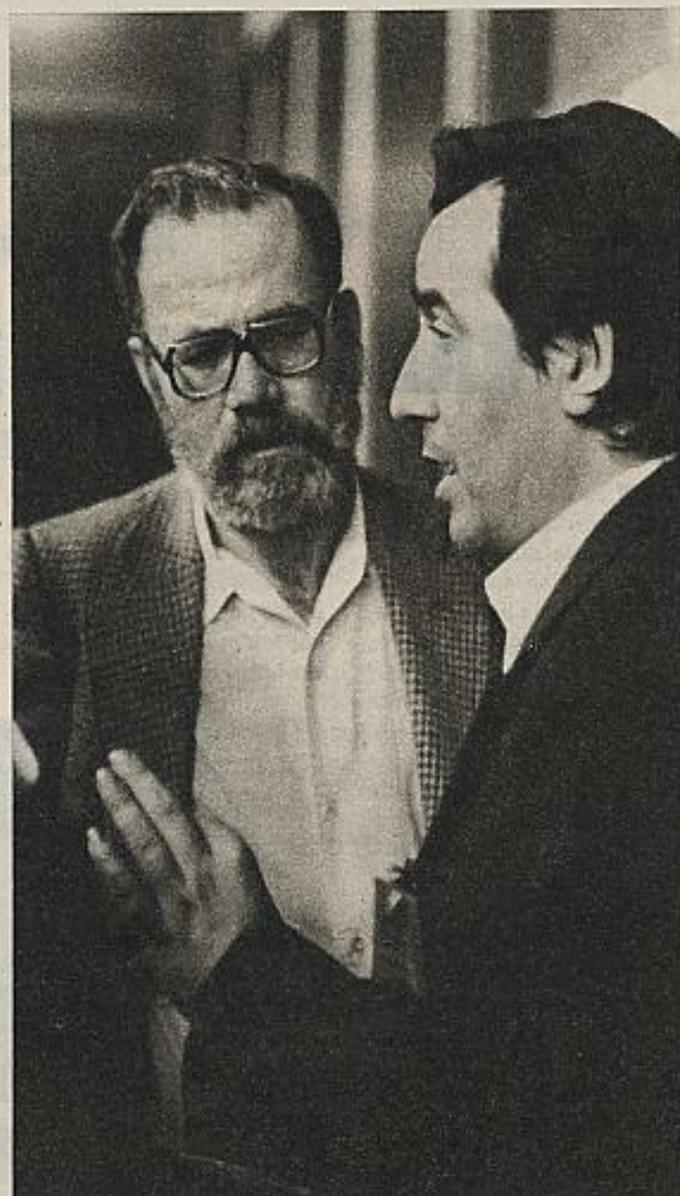
En su descargo hay que señalar, aparte el hecho de tener todos los medios de comunicación en contra y de haber sido envueltos en una ex-

traordinaria campaña de difamaciones y calumnias orquestadas por el aparato del partido, las muy especiales y singulares características de la base socialista. Un conjunto de militantes y cuadros de muy escasa formación ideológica, por no decir que ninguna, sin preparación política, con una enorme tendencia al voto emocional —jaleados por el grupo de observadores enviados por los organizadores del Congreso— eran un terreno demasiado resbaladizo para lanzarse a fondo contra los socialdemócratas. Personalmente, la tarde del domingo pude comprobar cómo hasta destacados parlamentarios socialistas pensaban en la posibilidad de un golpe de

Estado si Felipe abandonaba definitivamente la dirección del partido. Y, a pesar de ello, los marxistas apretaron el pie del acelerador, en lugar de frenar, una vez alcanzado su objetivo, de mantener la definición marxista del PSOE.

La ofensiva marxista

Porque la defensa de esta definición ideológica, desarrollada en la primera mitad del Congreso, se transforma en su segunda mitad en una amplia ofensiva, que culminaba el domingo con la aprobación mayoritaria de la ponencia política. En ese intermedio hubo un punto de inflexión que impidió llegar a una



Bustelo y Gómez Llorente: el sector marxista se empleó a fondo, pero no se pudo llegar a una solución de compromiso.